

dición; pero ahora estoy ya á la orilla del precipicio, y voy á caer sin remedio, si no me alargais vuestra mano poderosa: buscad á vuestro siervo, Dios mio: no me concedais solo la gracia que invita y que llama, sino la que dá la voluntad de escuchar y de corresponder. No dexéis de seguirme hasta que me detenga. Soy para Vos, para vuestra Iglesia, y para las demas ovejas una materia de escándalo, de tristeza y de llanto. Pues que sea por Vos materia de consuelo y de alegría en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

DOMINGO III.

DESPUES DE PASCUA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PEDRO,

cap. 2. v. 11. 19.

Hermanos: Ruegoos, muy amados míos, como á extrangeros, y peregrinos, que os abstengais de los deseos carnales, que combaten contra el alma, teniendo buena conversacion entre los Gentiles: para que así como ahora murmuran de vosotros como de malhechores, considerándoos por vuestras buenas obras, glorifiquen á Dios en el dia de la visitacion. Someteos pues á toda humana criatura, y esto por Dios: ya sea al Rey, como soberano que es: Ya á los Gobernadores, como enviados por él para tomar venganza de los malhechores, y ya para alabanza de los buenos: Porque así es la

TOM. IV.

D

voluntad de Dios, que haciendo bien hagais enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes: Como libres, y no teniendo la libertad como velo para cubrir la malicia, mas como siervos de Dios. Honrad á todos: amad la hermandad: temed á Dios: dad honra al Rey. Siervos, sed obedientes á los señores con todo temor, no tan solamente á los buenos, y moderados, sino aun á los de reacia condicion. Porque esta es gracia, si alguno por respeto á Dios sufre molestias, padeciendo injustamente.

INSTRUCCION.

Nada exágero, mis hermanos, quando, para animaros á seguir la ley de Jesu-Christo, os digo con el Apóstol que la piedad es buena para todo: que ella nos hace felices en esta vida, y nos colma de bienaventuranza en la otra: que para llenar cumplidamente las obligaciones de la Sociedad basta ser buenos christianos, y que la prosperidad de un Estado dependerá siempre de la exácta

observancia de las leyes del Christianismo. Voy á hacer manifiesta esta gran verdad con la explicacion de la Epístola de este dia; y si los Christianos que me escuchan tomasen las lecciones que nos da el Apóstol, tendria el consuelo de que se formasen á mi vista los discípulos mas fieles del Evangelio, y los ciudadanos mas útiles para la patria. En efecto reynaria en todos los estados el órden, la armonía y la subordinacion sin riesgo de que se alterasen ni por las calamidades, ni por la ambicion, ni por el interes. ¡Oh, si mis palabras tuviesen la eficacia necesaria para producir tan preciosos efectos! Pero si no puedo lisonjearme de esta manera, á lo ménos llenaré la obligacion de Ministro de la palabra santa, exponiendo los grandes principios que se encierran en la Epístola de este dia. Prestadme atencion.

Todas las verdades de que nos va hoy á instruir el Apóstol San Pedro se fundan sobre una reflexion que no deberia nunca separarse de nuestra memoria: quiere, pues, que como peregrinos y extrangeros en la tierra nos abstengamos de los deseos carnales que combaten contra el espíritu. Si las otras verdades de

la Religion se desprecian, ó no se conocen, no se nos puede ocultar que solo estamos de paso en la tierra, y que la vida mas larga es muy corta, si se compara con la serie de los siglos. Aun quando no se crea la inmortalidad del alma, y la eternidad de la vida futura, será muy fuera de razon el entregarse á tantas inquietudes, y agitaciones tan continuas para procurarse en la tierra una situacion algun tanto feliz; pero si tenemos la justa idea de la eternidad, ¿qué diremos de nuestra vida? Será exágeracion la de Job quando la compara al humo que se disipa, y la del Profeta quando nos la representa como una sombra? El Apóstol por tanto nos ruega que vivamos como extrangeros y peregrinos con circunspeccion y continencia en el lugar de nuestro destierro. Esta atencion y decencia la debemos á la patria de que somos ciudadanos. Los extrangeros se honran, honrando su nacion: sus conversaciones se dirigen siempre á ensalzarla, y publicando sus buenas costumbres, su generosidad, su cultura y su valor, pretenden que todos tomen interes en sus glorias. Nosotros, hermanos míos, honremos á nuestra pa-

tria que es el Cielo, y á nuestros ciudadanos los Christianos; pero sea con la santidad de nuestra vida, principalmente si habitamos entre extraños, es decir, entre los que desconocen nuestra Religion ó la desprecian. Esta advertencia del Apóstol toca con particularidad á todos aquellos que por su estado se ven precisados á vivir en el gran mundo, y á freqüentar esos hombres entregados á los deleytes del siglo, ó vendidos á la incredulidad, porque estos siempre estan alerta para notar hasta los descuidos mas imperceptibles y de menor consideracion de los virtuosos. Ellos se autorizan con su conducta, sus conversaciones y su silencio mismo para desacreditar la moral que los condena, y el escándalo siempre será mas peligroso quando provenga de parte de los que por obligacion deben procurar la edificacion con el exemplo.

El Apóstol espera de este buen exemplo la conversion de los malos: teniendo, dice, buena conversacion entre los Gentiles, para que así como ahora murmuran de vosotros como de malhechores, considerándoos por vuestras buenas obras glorifiquen á Dios en el

día de la visitacion. Dios tiene, hermanos míos, sus momentos, y no necesita del ministerio de los hombres para cambiar los corazones, y convertirlos; y así muchas veces el excésio mismo de los escándalos que á manera de un torrente arrastran en pos de sí al mayor número, produce un efecto contrario en muchas almas privilegiadas. Escandalizados algunos pecadores de los desórdenes y de las caidas vergonzosas de los otros, han concebido un verdadero horror por el pecado; pero sin embargo Dios en lo general se sirve del exemplo y de la conversacion de un justo para la correccion del pecador. El buen exemplo es un sermón continuo, y los Christianos que se impongan la obligación de darle, verán cumplida aquella dulce promesa: á saber, que el que ha salvado el alma de su hermano, tiene asegurada la salvacion de la suya.

El Apóstol á la obligación del buen exemplo junta la de la sumision á las Potestades legítimas. Someteos, dice, por Dios, ya sea al Rey como Soberano que es, ya á los Gobernadores como enviados por él para tomar venganza de los malhechores, y ya para alabanza de los

buenos. En estas palabras se contienen las reglas y la necesidad de la sumision.

Dios quiere, hermanos míos, que vivamos sometidos á las Potestades temporales: su ley es el fundamento de la del Príncipe, y nuestra obediencia no es legítima sino quando se conforma con la ley suprema, de la qual tenemos dentro de nosotros mismos un testimonio vivo. Si se halla alguna contradiccion entre estos dos preceptos, ya nos dicen los Apóstoles lo que debemos hacer en estas palabras: conviene obedecer á Dios mas que á los hombres. Pero si la ley de Dios merece una justa preferencia, la del Príncipe, quando se conforma con ella, exige la mas ciega sumision. Por esto nos hace notar el Apóstol que los Reyes, y los Gobernadores son enviados para tomar venganza de los malos, y para alabanza de los buenos. Ellos son los depositarios de la justicia distributiva, y los ecónomos de los tesoros de la sabiduría eterna, tan rica en recompensas para los justos, como en castigos terribles contra los pecadores. La sumision á las Potestades temporales no solo es, hermanos míos, una obligacion de estado, y una regla dictada por la política,

sino que es una obligacion estrecha de la Religion, y un precepto formal de la ley de Dios, de cuyo abandono se siguen males espantosos, y se trastorna todo el órden de la Sociedad que tanto nos conviene conservar. Las palabras inconsideradas que atacan directamente las personas de los Príncipes, las de los Ministros y Magistrados; todo juicio temerario sobre su conducta ó sobre las causas de sus leyes y providencias; toda murmuracion contra los medios de que se valen para sostener el decoro de las naciones, ó contra los recursos que adoptan para atender á las necesidades del Estado; todo fraude para descargarse de los impuestos y contribuciones comunes, son otras tantas faltas que las circunstancias hacen mas ó ménos criminales; pero que siempre son opuestas al espíritu de dependencia que prescribe el Evangelio á los Christianos. Acordémosnos, hermanos míos, que uno de los principales caractéres que los distinguian en los primeros tiempos era su obediencia á las Potestades temporales; y así Tertuliano dice repetidas veces en su apología que ellos eran los guardas mas seguros de la persona del Príncipe, y

los soldados mas fieles y valerosos para defender sus dominios: cada uno respectivamente en su estado observaba las leyes en aquello que no tenian oposicion con los preceptos divinos, y todos eran el antemural del Imperio. ¿Acaso las persecuciones y los martirios de sus hermanos los conmovian contra los jueces? ¿No se veia en estos casos toda la conformidad y sumision que era correspondiente á un Christiano imitador de Jesu-Christo? ¡Oxalá, mis hermanos, que yo pudiese moderar las conversaciones de la mayor parte de mis oyentes, y sofocar esas murmuraciones indecentes que se permiten, las quales en las calamidades públicas aumentan y exâsperan los males, y no los remedian! Si por desgracia los Reyes, los Ministros y los Jueces abusan de la autoridad que Dios les confia, armas tiene el Christiano para vengar estos agravios, y son una sumision humilde á las órdenes de la Providencia, un silencio profundo y oraciones freqüentes y fervorosas para que el Señor illustre sus entendimientos, y aparte la injusticia de su corazon. El Apóstol nos dice con este motivo: amad la hermandad, dad honra al Rey, re-

med á Dios. Siervos, sed obedientes á los Señores con todo temor, no tan solamente á los buenos y moderados, sino aun á los de recia condicion.

Pero si esta obligacion que os impone el Apóstol San Pedro, os parece dura, escuchad en las últimas palabras de la Epístola los consuelos y los recursos que os ofrece: esta es gracia, si alguno por respeto á Dios sufre molestias, padeciendo injustamente. El Apóstol no solo dice que es conveniente el sufrir, sino que es una gracia que debemos reconocer y conservar como un beneficio muy señalado. ¿Admirarémos, segun esto, que los Mártires abrazasen á sus mas crueles verdugos, que los distinguiesen con singulares favores? ¿Admirarémos que las almas piadosas quieran habitar con las personas que mas las mortifican y persiguen, á fin de tener ocasiones continuas de conseguir y merecer la paciencia? Si vosotros, hermanos míos, no teneis sentimientos tan generosos, á lo ménos esforzaos á vivir en paz entre los malos: acostumbraos á no volver injuria por injuria; y quando querais calmar vuestra ira, tened presente que quanto mayores sean las ofen-

sas que recibis del próximo, tanto mas mérito tiene vuestra paciencia delante de Dios.

Dadnos pues, ó Dios mio, este mérito, y libradnos de la impaciencia, de las venganzas y del resentimiento que á los hombres carnales inspiran los agravios de sus enemigos. Si son bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, haced que reyne la paz y la dulzura en nuestros corazones para que ella sea la prenda de la bienaventuranza por toda una eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 16. v. 16. 22.

En aquellos dias dixo Jesus á los discípulos: Un poco, y ya no me vereis: y otro poco, y me vereis: porque voy al Padre. Entónces algunos de sus discípulos se dixéron unos á otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco, y no me vereis: y otro poco, y me vereis, y porque voy al Padre? Y decian: ¿Qué es esto que nos dice, Un poco? no sabemos lo

que dice. Y entendió Jesus que le querian preguntar, y les dixo: *Disputais entre vosotros de esto que dixé: Un poco, y no me vereis; y otro poco, y me vereis. En verdad, en verdad os digo: Que vosotros lloraréis, y gemiréis, mas el mundo se gozará: y vosotros estareis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. La muger quando paré está triste, porque viene su hora; mas quando ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro: por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues tambien vosotros ahora ciertamente teneis tristeza; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazon: y ninguno os quitará vuestro gozo.*

INSTRUCCION.

Hoy, hermanos míos, da Jesus Christo á sus Apóstoles la idea mas cabal de la vida christiana. La cruel y continua alternativa que les anuncia de esperanza y de temor, de alegría y de

tristeza: su próxima ausencia y su pronta resurreccion: un mundo entregado á la mas loca alegría, miéntras que ellos estarán sumergidos en la amargura mas profunda, y un mundo anegado en lágrimas miéntras que gozarán de la felicidad eterna, nos acuerdan tambien á nosotros la uniforme sucesion de bienes y de males, de consuelo y de afliccion, de tranquilidad y de sobresaltos que experimentamos todos los dias en este triste y amargo valle. ¿Pero cuáles serán en esto los designios de un Dios á quien el Apóstol San Pablo llama el Dios de todo consuelo, é inmutable por esencia? ¿Por qué causa conduce á sus amigos por caminos tan opuestos á las miras de una sabiduría toda humana? Hijos de los hombres, responde por la boca de uno de sus Profetas, sabed que tan lejano está el cielo de la tierra como mis pensamientos de vuestros deseos. Sigamos por tanto, hermanos, las lecciones que en el santo Evangelio da Jesus Christo á sus primeros discípulos: veamos cómo podremos aplicarlas á nuestra conducta, y de esta manera comprenderémos el misterio.

No es esta la primera vez que habia

Jesu-Christo hablado á sus Apóstoles de su muerte y su resurreccion. Ya en otras ocasiones habia predicho las persecuciones que le esperaban en Jerusalem, y habia detallado todas las circunstancias de su pasion y de su suplicio. Los Apóstoles tampoco debian esperar tenerle siempre en su compañía, habiéndoles ya dicho: es preciso que el hijo del hombre sea levantado en alto para que atraiga á sí á todo el universo: entónces estaréis rodeados de pobres que excitarán vuestra compasion, y pedirán vuestro socorro; pero no siempre estareis dispuestos para darme pruebas de vuestra atencion y amor. Sin embargo, todas estas predicciones, aunque tan literales, no habian hecho todavía sino muy débiles impresiones en su corazon, sin duda porque miraban esta separacion como muy distante; pero Jesu-Christo fixa su atencion hoy sobre un suceso tan próximo, y así les dice: un poco, y ya no me vereis.

¿Y por qué causa pone Jesu-Christo á la vista de sus Discípulos un suceso tan triste para ellos, sino porque sabe quanto puede la prevencion en el corazon del hombre, y cuán difícil es des-

truirla? Toda su vida habia anunciado la penitencia, la cruz y la muerte, y todos los pensamientos de sus Apóstoles eran sin embargo de felicidades temporales. Jesu-Christo les habia hablado incesantemente de su separacion y de su ausencia, y ellos no habian renunciado aun á la esperanza del restablecimiento quimérico del reyno de Israel en todo su esplendor; y así en el momento en que les declara en términos precisos que va á dexarlos, se preguntan unos á otros: ¿qué es esto que nos dice: un poco, y no me vereis?

Esto mismo nos sucede á nosotros, hermanos míos. Todos los dias nuestras pasiones nos previenen, y ciegan el entendimiento para no comprehender los puntos, y misterios de la Religion. ¡Quántas dudas se disiparian si el espíritu fuese mas sencillo, y el corazon mas recto! ¡Quántas quæstiones hallarian su respuesta en la caridad!

Los Apóstoles se preguntaban unos á otros, ¿qué es esto que nos dice? Y estas palabras, segun la letra, querian decir, que habia ya llegado la hora del poder de las tinieblas: que el hombre enemigo prevaleceria dentro de poco

contra el Hijo del Padre de familias; y que por una muerte muy cercana les dexaria su Divino Maestro en la amargura y la desolacion; pero segun el espíritu ¡quántas verdades contienen estas palabras: un poco, y no me veis?

Si el Apóstol San Pablo pide, hermanos míos, que obremos nuestra salud en el temor, es porque nos considera amenazados sin cesar de esta triste separacion. En efecto, ahora mismo está Jesu-Christo para retirar su gracia de muchos Christianos que me escuchan.

Pecadores, en las fiestas de la Pascua habeis resistido á mis invitaciones, os dice Jesu-Christo; habeis inutilizado los medios de salvacion que os he puesto delante; habeis abusado de mis gracias; habeis agravado el peso de vuestras cadenas; habeis multiplicado vuestros malos hábitos: pues el tiempo viene, y no está muy distante, en que sentiréis la carga, y no me encontraréis ya para aliviarla.

Christianos, que aunque vivis todavía en la justicia, os dexais arrastrar á la indiferencia, esa tibieza en la práctica

de las obras de edificacion, esa poca ó ninguna resistencia á las tentaciones, esa ciega confianza en algunas buenas obras que apenas merecen este nombre; ese poco interes que tomáis en la defensa de mi gloria, todas estas flaquezas aun no me han separado de vosotros; pero vuestro luxo, los placeres insensatos, y la relaxacion general que advierto en todos los estados de la vida, ya me son insoportables. Estas costumbres requieren fuerza para vencerse; pero las almas tibias de nada son capaces: ellas cierran la entrada á la justicia, y nunca se convierten; pero todavía es tiempo, no lo dilateis, porque en brevè ya no estaré con vosotros.

Quál sea, mis hermanos, la desgracia de un Christiano separado de Jesu-Christo, podeis juzgarlo por efecto (que debe producir en el corazón de sus Apóstoles la idea de la separacion momentanea de su Divino Maestro. En verdad, en verdad os digo, les decia: que vosotros llorareis y gemireis, mas el mundo se gozará. Pero la tristeza que produce esta separacion, es de otro género que aquella que nos trae la pérdida interior de Jesu-Christo.

to. En efecto, ¿quál es el fin de la tristeza causada por la ausencia exterior y sensible de Jesu-Christo, quando la conciencia nos da el testimonio consolador de que la union interior subsiste siempre? ¿Quál es el efecto, digo, de esos disgustos pasajeros, de ese desaliento de que se sirve Dios para humillar algunas almas fieles á quienes no rehusa los consuelos sensibles, sino para empeñarlas mas á la confianza? Estas amarguras obran la salud quando se reciben con sumision, son el principio y la prenda de una alegría que no reconoce límites, prueban el corazon sin abatirlo, le purifican sin desalentarlo: en una palabra distinguen el carácter particular de los hijos de Dios, que debe ser un carácter de tristeza y de afliccion. Las palabras de Jesu-Christo no solo se dirigen á los Apóstoles, sino á todos nosotros; pero nada tememos tanto como una santa tristeza, sea que la cause la consideracion de nuestros pecados, ó que provenga de las tribulaciones de la vida; y así evitamos el entrar dentro de nosotros mismos temiendo encontrar el espectáculo lastimoso de nuestras flaque-

zas, y las pruebas que nos prepara Dios por su misericordia y sabiduría infinita. Todos los medios que puede inspirar la prudencia humana los empleamos para librarnos de esta carga; y si algun suceso imprevisto desconcierta nuestras precauciones y nos aflige, recurrimos inmediatamente para distraernos á las disipaciones, á los placeres, ó acaso á murmuraciones indecentes. ¿Olvidais, Christianos, que Jesu-Christo os adoptó por hijos sobre una cruz ignominiosa derramando su sangre? ¿Ignorais los dolores y los crueles tormentos de su pasion? ¿No veis sus lágrimas por vuestros pecados á la vista de la insensible Jerusalem? Entrad por tanto dentro de vosotros, y tomad parte en sus trabajos. Nada, hermanos míos, es capaz de alterar la gloria que disfruta en aquella mansion eterna; pero si esto fuese posible, lloraria amargamente sobre nuestra impenitencia, y sobre la repugnancia que tenemos á su cruz, y nos diria: si quereis ser míos, llorad y gemid, porque esta es la señal con que se marcan mis discípulos, y elegidos. Este es el único carácter que pueden oponer á un mundo en-

ganador que se gozará mientras que ellos esten tristes. ¿No temblarán oyendo esto esas almas que gozan la substancia del mundo en una paz inalterable, pasando sus dias entre los placeres y la prosperidad? ¿Cuál será su suerte, si no toman el partido de abrazar una penitencia voluntaria? Si ellos participan de los placeres y satisfacciones mundanas, sepan pues que tambien tendrán parte en sus anatemas. Hermanos míos, exáminad si sois del número de esos felices del siglo que abundan en comodidades y placeres. Ricos que me escuchais, con vosotros hablo. Pero ya oigo vuestras respuestas. Tenemos bienes, decís, es verdad; pero las fatigas que nos hemos tomado para juntarlos, los cuidados que nos tomamos para conservarlos, y los temores excesivos que nos causa el peligro de perderlos son otras tantas penitencias capaces de satisfacer el uso que hacemos de ellos. Conozco que todo esto mortifica; pero yo no encuentro aquí la tristeza que obra la salvacion, ni veo la marca de la cruz. Este, diré yo, es el suplicio de las riquezas, no el remedio de los pecados.

Tenemos bienes, me responderéis; pero nos falta la salud: nos asaltan penosas y largas enfermedades, mas crueles aun que las que afligen á los pobres, y todos los recursos se agotan para procurarnos el alivio. Por otra parte, la idea de la muerte y del abandono necesario de nuestras riquezas ¿no nos hace partícipes de esa tristeza que distingue los elegidos de los reprobos? No, hermanos míos, si estas aflicciones solo tocan al espíritu sin mover al corazon, si no le desprenden de los objetos sensibles, solo son el castigo de las riquezas. ¿Queréis saber qual es la tristeza que obra la salvacion en el estado de opulencia? Pues es aquella que enseña á los ricos á compensar con la penitencia la desigualdad de fortuna que los distingue de entre los demas hombres; aquella que opone la mortificacion á esa desgraciada facilidad que se encuentra en la abundancia para satisfacer los deseos de la carne; aquella que por medio de oportunos ahorros, y de abundantes limosnas dicta la continencia á pesar de los ilimitados recursos; aquella en fin que consiste en crucificar el corazon, en

sujetar la voluntad, y en renunciar interiormente todas las satisfacciones temporales. Estos son los ricos que Jesu-Christo tiene por suyos, y que no pertenecen al mundo, porque la afliccion del espíritu, y la contricion del corazon los ha separado de sus placeres y comodidades.

Vosotros, mis hermanos, á quienes Dios ha puesto en el estado de la indigencia, si conoceis todo el valor de este estado, no teneis necesidad de mas explicacion sobre los consuelos que os proporcionan las palabras del Evangelio. Un pobre destituido de todo auxilio, un enfermo penetrado de los sentimientos de religion, un Christiano humilde en los contratiempos y accidentes de la fortuna, un justo que mira los sucesos que mas le oprimen como un efecto de la sabiduría de su Dios, un discípulo de Jesu-Christo calumniado, despreciado y ultrajado, pero que sin embargo conserva la caridad y la paz, tienen en estas palabras de Jesu-Christo todo quanto necesitan para calmar las aficciones interiores que padecen: el mundo se gozará, y vosotros estareis tristes. Entonces se dirá

á sí mismo: ahora sí que no soy del mundo, porque Dios me aflige: ahora sí que estoy honrado con la distincion que me concede de hacerme participe de la suerte de sus siervos y sus amigos. ¿Qué cosas me faltan en la desnudez y abandono exterior que padezco? Yo tengo la palabra de Dios por consuelo y por riqueza: ella llena mi corazon en lugar del vacío insoportable que dexarian las alegrías del mundo, y las satisfacciones temporales. Estas amarguras no tendrán mas duracion que los placeres del mundo como me enseña un Apóstol de Jesu-Christo por estas palabras. Sufriréis algun tanto; pero Dios dará un mérito infinito á vuestros trabajos; y Jesu-Christo dice: vuestra tristeza se convertirá en gozo. Este es el premio que nos tiene reservado. Seria preciso, hermanos míos, elevarnos hasta la mansion de la eternidad para considerar la ninguna comparacion que hay entre los consuelos de la vida futura, y las aficciones de la vida presente, y la desproporcion admirable que se ha dignado poner su misericordia entre los males pasajeros y una felicidad eterna, entre las aficciones que

aunque sean graves son siempre llevaderas, y un torrente de delicias que nunca se agotará. Oid una comparacion de que se sirve Jesu-Christo para inspirar á sus Apóstoles el deseo santo de gozarlas. La muger quando pare está triste, porque viene su hora; mas quando ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. En esta parábola tenemos quanto puede apetecerse para conocer nuestra obligacion en la tierra y nuestras esperanzas en la vida futura. ¿No es, hermanos míos, un estado de dolor y de parto el que tenemos en este valle de lágrimas? ¿Ah! si tuviésemos fe, deberíamos suspirar continuamente tras este dia de libertad; deberíamos disgustarnos de todas las vanidades que nos rodean, y nos persuadiríamos que estos objetos son mas propios para exasperar nuestros disgustos que para aliviarlos. ¿Pensais que serán de mucha duracion vuestros pesares? ¿No sabeis que tienen su término señalado mas ó ménos corto; segun los altos designios de Dios sobre nosotros; pero siempre muy corto, comparándolo con los consuelos

que son el fruto de estos trabajos? Una madre sufre algunas horas, y goza en recompensa un hijo, que ha de ser su apoyo y su consuelo en los años de su vejez. A nosotros, hermanos míos, ¿adónde nos conducirán nuestros dolores? ¿Ah! Aquí es donde se encierra el misterio de nuestra santificacion. Tenemos en nosotros un hombre espiritual, un hombre nuevo que ha sido producido por el bautismo, y que en alguna manera es el fruto de nuestras entrañas. Si sus progresos dependen en alguna manera de nuestra vigilancia, tambien sabemos que habiéndole formado la gracia, ella es la que ha de alimentarle y conducirle á la eternidad; pero nosotros semejantes á muchas madres crueles que abortan por imprudencia ó por malicia, ¿quántas veces hemos dado golpes mortales á este hombre interior? ¿Quántas por nuestros descuidos hemos sofocado el germen de la gracia que le animaba y sostenia?

Hermanos míos, lloremos y abracemos, aunque sea con dolores las privaciones y amarguras inherentes á nuestra situacion: animémonos con la es-

peranza de echar un hombre al mundo, y no perdamos de vista el dulce consuelo que Jesu-Christo dexa entrever á sus Apóstoles: otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestro gozo. He aquí el carácter esencial de la felicidad que nos está reservada: poseer á Jesu-Christo, y poseerle sin temor de perderle. ¡Qué estado este tan diferente del que tenemos en el mundo! Justos que me escuchais, y que poseeis á Jesu-Christo, ¿quién os ha dicho que no vendrá una tentacion á robaros esta felicidad? Guardaos hasta el fin, no sea que en este instante lo perdais todo. Vosotros, pecadores, ya lo habeis perdido. ¡Ah! si no sentis quán penosa es esta privacion, temo mucho que no volvais á recobrar lo que una vez habeis abandonado. Por tanto velad, y orad, porque estos son los medios para obrar la salud, y para no perderla. Estas son las únicas armas que tenéis y las mas poderosas.

¡Dios mio! ¿quando vendrá el día tan deseado, día que no podrá obscurer todo el poder de las tinieblas? ¿Quando abrireis las puertas de esta

patria, á donde no se atreverá á llegar el enemigo? Señor, mirad que suspiramos ardentemente por el día de nuestra libertad, y que aspiramos con mas ardor todavía á nuestra patria. Fortaleced estos deseos. Si somos justos, haced que no perdamos de vista aquella felicidad que tanta eficacia tiene para sostener nuestra perseverancia. Si somos pecadores, haced que entremos en los caminos que conducen á la gracia, y dadnos á unos y á otros la que se requiere para encontraros y conservaros. Unidnos á todos por la caridad en el tiempo, y manifestadnos á todos en vuestra gloria, á fin de que nadie nos quite nuestro gozo. Así sea.